

Texto 1

URBANO.—¡Hola! ¿Qué haces ahí?

FERNANDO.—Hola, Urbano. Nada.

URBANO.—Tienes cara de enfado.

FERNANDO.—No es nada.

URBANO.—Baja al «casinillo». (*Señalando el hueco de la ventana.*) Te invito a un cigarro.

(*Pausa.*) ¡Baja, hombre! (*Fernando empieza a bajar sin prisa.*) Algo te pasa. (*Sacando la petaca.*)

¿No se puede saber?

FERNANDO.—(*Que ha llegado.*) Nada, lo de siempre... (*Se recuestan en la pared del «casinillo.*)

Mientras hacen los pitillos.) ¡Qué estoy harto de todo esto!

URBANO.—(Riendo.) Eso es ya muy viejo. Creí que te ocurría algo.

FERNANDO.—Puedes reírte. Pero te aseguro que no sé cómo aguanto. (*Breve pausa.*) En fin, ¡para qué hablar! ¿Qué hay por tu fábrica?

URBANO.—¡Muchas cosas! Desde la última huelga de metalúrgicos la gente se sindica a toda prisa. A ver cuándo nos imitáis los dependientes.

FERNANDO.—No me interesan esas cosas.

URBANO.—Porque eres tonto. No sé de qué te sirve tanta lectura.

FERNANDO.—¿Me quieras decir lo que sacáis en limpio de esos líos?

URBANO.—Fernando, eres un desgraciado. Y lo peor es que no lo sabes. Los pobres diablos como nosotros nunca lograremos mejorar de vida sin la ayuda mutua. Y eso es el sindicato.

¡Solidaridad! Ésa es nuestra palabra. Y sería la tuya si te dijeses cuenta de que no eres más que un triste hortera. ¡Pero como te crees un marqués!

FERNANDO.—No me creo nada. Solo quiero subir. ¿Comprendes? ¡Subir! Y dejar toda esta sordidez en que vivimos.

URBANO.—Y a los demás que los parta un rayo.

FERNANDO.—¿Qué tengo yo que ver con los demás? Nadie hace nada por nadie. Y vosotros os metéis en el sindicato porque no tenéis arranque para subir solos. Pero ese no es camino para mí. Yo sé que puedo subir y subiré solo.

URBANO.—¿Se puede uno reír?

FERNANDO.—Haz lo que te de la gana

Antonio Buero Vallejo, *Historia de una escalera*

Texto 2

MARIO: (*Suave.*) ¿Qué te sucede?

ENCARNA: Tenemos que hablar. (*Va a la mesa de despacho, donde se apoya, trémula.*)

MARIO: Quizá no te gustaron mis padres.

ENCARNA: No es eso... Te aseguro que los quiero ya.

MARIO: Y ellos a ti.

ENCARNA: (*Se aparta, buscando de qué hablar.*) Tu padre me llamó Elvirita una vez... ¿Por qué?

MARIO: Era una hermanita que se nos murió. Tenía dos años cuando terminó la guerra.

ENCARNA: ¿Me confundió con ella?

MARIO: Si ella viviese, tendría tu edad, más o menos.

ENCARNA: ¿De qué murió?

MARIO: Tardamos seis días en volver a Madrid. Era muy difícil tomar los trenes, que iban repletos de soldados ansiosos de llegar a sus pueblos... Y era aún más difícil encontrar comida. Leche, sobre todo. Viajamos en camiones, en tartanas, qué sé yo... La nena apenas tomaba nada... Ni nosotros... Murió al cuarto día. De hambre. (*Un silencio.*) La enterramos en un pueblecito. Mi padre fue al Ayuntamiento y logró en seguida el certificado de defunción y el permiso. Años después le he oído comentar que fue fácil: que entonces era fácil enterrar. (*Un silencio.*)

ENCARNA: (*Le opriime con ternura un hombro.*) Hay que olvidar, Mario.

MARIO: (*Cierra los ojos.*) Ayúdame tú, Encarna... ¿Te espero luego en el café?

ENCARNA: (*Casi llorosa.*) Sí, porque tengo que hablarte.

MARIO: (*Su tono y su expresión cambian. La mira, curioso.*) ¿De mi hermano?

ENCARNA: Y de otras cosas.

Antonio Buero Vallejo, *El tragaluz*

Texto 3

AUTOR.— ¿Qué ha sido el Badila? ¿Legionario?

LUIS.— Por lo visto, pero cualquiera sabe. Pues anda éste. (*Por alguien que viene.*)

AUTOR.— (*Sin mirar hacia fuera.*) ¿Quién es?

LUIS.— El Caco.

AUTOR.— (*Ahora se asoma.*) Qué borrachera llevaba ayer.

LUIS.— Ahora viene directo del curro, y va sereno. A ver a la noche.

AUTOR.— ¿Dónde trabaja?

LUIS.— En la trapería de ahí a la vuelta.

AUTOR.— ¿No era albañil en lo de Banús?

LUIS.— Pero lo pusieron a jornal y se mosqueó el muchacho.

(*Entra el CACO. Es delgado, de pronunciados pómulos y ojos saltones.*)

CACO.— (*Correcto.*) Buenas.

AUTOR.— Muy buenas.

LUIS.— (*A guisa de saludo.*) ¿Lo de siempre, Caco?

CACO.— Vale. Pero dámelo en seguida, por favor, que voy a merendar. (*Se sienta y saca un tomate del bolsillo. Lo parte con una navajita. LUIS le sirve un litro de vino. La botella tiene un tapón horadado con una cañita. El CACO le quita el tapón y se bebe media botella de un trago, voluptuosamente. Se seca la barbilla con la mano. Se explica.*) Venía seco; pero seco.

(*LUIS pone la radio. El AUTOR se ha levantado.*)

LUIS.— ¿Se va ya?

AUTOR.— Sí. Volveré a salir luego, al final de la obra. Que ustedes lo pasen bien... El prólogo ha terminado. Oscuro y música, Ramírez, por favor. (*En lugar de «Ramírez», se dirá el nombre real del regidor. La música de la radio sube y se va haciendo el oscuro.*)

Alfonso Sastre, *La taberna fantástica*

Texto 4

MOMENTO V

La verdadera muerte de ROGELIO el estañador.

(*El espectro bebe, y ríe con una risa hueca, que no se oye o que resuena extrañamente. La risa, ahora, se transforma en una mueca de horror al oírse, de pronto, un golpe de clarines y timbales como en las corridas de toros. Una pausa, y, lentamente, con paso procesional, llega LA PAREJA DE GUARDIAS. Llevan máscaras que figuran calaveras, capas negras hasta los pies y guadañas en lugar de su armamento. ROGELIO, muy lentamente, va alzando los brazos, en actitud de entregarse. Entonces entran más espectros con máscaras; la amarilla del Hambre, la ciega o sin ojos de la Incultura, la crispada del Terror y el Sufrimiento, la hinchada de la Enfermedad, la morada del Frío. Todos los espectros van armados con fusiles ametralladores y forman el «Piquete de Ejecución y Cortejo de la Muerte de Rogelio». El Espectro del Terror lo esposo con las manos atrás. La máscara ciega le venda los ojos. El Piquete forma. A un toque de clarín, ROGELIO es fusilado con una descarga cerrada. Se oye un enorme «ole» y el cuerpo de Rogelio cae rodando. Un espectro se acerca y lo apuntilla. Lo atan con unas cuerdas y lo arrastran fuera de escena mientras suena un pasodoble y una voz grita desde un palco: «Quinquillero de mierda». El AUTOR, cuando el cortejo ha desaparecido, se quita las gafas y la boina.»)*

Alfonso Sastre, *La taberna fantástica*

Texto 5

JAVIER.— Dejadme en paz. Sois dos estúpidos, Andrés y tú. Dices con horror “fusilado” y te vas a que te cacen como una alimaña, a tiros...o te linchen en cualquier aldea. El otro quiere vivir y se va a que lo aplasten entre las alambradas en un “campo”. ¡Tiene gracia! Todos son...caminos de muerte. ¿No os dais cuenta? Es inútil luchar. Está pronunciada la última palabra y todo es inútil. En realidad, todo era inútil...desde un principio. Y desde un principio estaba pronunciada la última palabra. Todavía queréis luchar contra el destino de esta escuadra...que no es sólo la

muerte, como creíamos al principio..., sino una muerte infame... ¿Tan torpes sois... que no os habéis dado cuenta aún?

PEDRO.—(Aislado, habla.)— ¿Pero sabéis que yo tenía una esperanza? La de que el desenlace llegara por otro sitio.

Alfonso Sastre, *Escuadra hacia la muerte* (Examen selectividad 2021)

Texto 6

FERNANDO.—(Abrazándola por el talle) Carmina, desde esta mañana voy a trabajar de firme por ti. Quiero salir de esta pobreza, de este sucio ambiente. Salir y sacarte a ti. Dejar para siempre los chismorreos, las broncas entre vecinos... Acabar con la angustia del dinero escaso, de los favores que abochornan como una bofetada, de los padres que nos abruman con su torpeza y su cariño servil, irracional...

CARMINA.—(Reprensiva) ¡Fernando!

FERNANDO.—Sí. Acabar con todo esto. ¡Ayúdame tú! Escucha: voy a estudiar mucho, ¿sabes? Mucho. Primero me haré delineante. ¡Eso es fácil! En un año... Como para entonces ya ganaré bastante, estudiaré para aparejador. Tres años. Dentro de cuatro años seré un aparejador solicitado por todos los arquitectos. Ganaré mucho dinero. Por entonces tú serás ya mi mujercita, y viviremos en otro barrio, en un pisito limpio y tranquilo. Yo seguiré estudiando. ¿Quién sabe? Puede que para entonces me haga ingeniero. Y como una cosa no es incompatible con la otra, publicaré un libro de poesías, un libro que tendrá mucho éxito...

CARMINA.—(Que le ha escuchado extasiada) ¡Qué felices seremos!

FERNANDO.—¡Carmina! (Se inclina para besarla y da un golpe con el pie a la lechera, que se derrama estrepitosamente. Temblorosos, se levantan los dos y miran, asombrados, la gran mancha blanca en el suelo.)

Antonio Buero Vallejo, *Historia de una escalera* (Examen selectividad 2022)

Texto 7

JUAN.—¿Tú crees que el comisario Roch sospecha de nuestro padre?

TEO.—De momento, sospecha de todos nosotros.

JUAN.—Y viene fingiéndose amigo nuestro para cazarnos.

TEO.—Es su oficio.

JUAN.—¿Y nosotros vamos a callar siempre?

TEO.—Sí. Por una razón o por otra, todos vamos a callar siempre.

JUAN.—No sé si podremos resistirlo. Llevamos así dos meses. Pero ¿vamos a poder resistir toda la vida?

TEO.—Si es preciso, tendremos que resistir toda la vida.

JUAN.—Tú querías hablar, delatar a nuestro padre, ¿verdad, Teo?

TEO.—Sí.

JUAN.—¿Y por qué no hablas?

TEO.—Por miedo... Siento como una mordaza en la boca... Es el miedo...

Alfonso Sastre, *La mordaza* (Examen selectividad 2023)

Texto 8

FERNANDO.—(Más calmado y levemente despectivo.) ¿Sabes lo que te digo? Que el tiempo lo dirá todo. Y que te emplazo. (URBANO le mira.) Sí, te emplazo para dentro de... diez años, por ejemplo. Veremos, para entonces, quién ha llegado más lejos; si tú con tu sindicato o yo con mis proyectos.

URBANO.—Ya sé que yo no llegaré muy lejos; y tampoco tú llegarás. Si yo llego, llegaremos todos. Pero lo más fácil es que dentro de diez años sigamos subiendo esta escalera y fumando en ese casinillo.

FERNANDO.—Yo, no. (Pausa.) Aunque quizás no sean muchos diez años... (Pausa)

URBANO.—¡Vamos! Parece que no estás muy seguro.

FERNANDO.—No es eso, Urbano. ¡Es que le tengo miedo al tiempo! Es lo que más me hace sufrir. Ver cómo pasan los días, y los años..., sin que nada cambie. Ayer mismo éramos tú y yo dos críos que veníamos a fumar aquí, a escondidas, los primeros pitillos... ¡Y hace ya diez años! Hemos

crecido sin darnos cuenta, subiendo y bajando la escalera, rodeados siempre de los padres, que no nos entienden; de vecinos que murmuran de nosotros y de quienes murmuramos... Buscando mil recursos y soportando humillaciones para poder pagar la casa, la luz... y las patatas. (Pausa.) Y mañana, o dentro de diez años que pueden pasar como un día, como han pasado estos últimos... ¡sería terrible seguir así! Subiendo y bajando la escalera, una escalera que no conduce a ningún sitio; haciendo trampas en el contador, aborreciendo el trabajo,.., perdiendo día tras día... (Pausa.) Por eso es preciso cortar por lo sano.

Antonio Buero Vallejo, Historia de una escalera (Examen selectividad 2024)